

inspiracion real de la divinidad, i la providencia de todos los mortales. Solo Dios sabe el secreto de la multitud de miserias, sin nombre que socorre la mano benéfica de la ilustre senovita de la caridad, i Chile pronto será testigo de todos estos prodijios. La nacion marcará este hecho en el programa de sus progresos, i será una de las glorias del actual administracion haber dado paso tan oportuno en obsequio de los miserables. Deseamos, que se acerque cuanto antes ese venturoso dia, cuyos pormenores recojerá la tradición, para transmitirlos a la historia, i veremos en los establecimientos, i asilos de beneficencia del pais, personas consagradas al servicio de los pobres, no por interes material, ni por especulaciones temporales, sino por un deber de conciencia, por los votos de su profesion, i por la posesion futura de dones infinitos i eternos. No puedo dejar la palabra, sin hacer memoria del ilustre miembro, a quien vengo a suceder, al señor Dr. don José Alejo Eyzaguirre Dean de la Iglesia Metropolitana i Arzobispo electo de la misma. Llamado por Dios desde su primera edad a las santas funciones del ministerio eclesiastico, adornado de todos los conocimientos mas importantes, distinguido por el mérito de su virtud, correspondió con suceso feliz a todos los encargos de su vocacion apostólica. Recorrió en su preciosa carrera casi todos los oficios de la jerarquía eclesiastica, i llegó a ocupar unos de los tronos del santuario, de que tuvo a bien hacer despues dimision. La elevacion de sus ideas, la paz de su virtud, i la dulzura de sus opiniones le captaron el aprecio i simpatias, o mas bien diré, un homenaje de veneración de todos sus contemporáneos. Su lamentable pérdida dejó a la nacion un vacío difícil de llenar: la Iglesia de Chile vió caer una de sus mas robustas columnas, i la universidad perdió por su muerte uno de los miembros que mas esplicañ el mérito de la honorable corporacion. He dicho:

---

*CONTESTACION al anterior discurso por el SEÑOR DON PASCUAL SOLIS DE OBANDO.*

Señor:

Pocas veces puede ofrecerse una materia de mas vivo interes como la que habeis elejido por tema de vuestro discurso.

Mucho tiempo hace que nuestro pais reclama imperiosamente la fundacion del mas benéfico instituto de los tiempos modernos. Si la Divina Providencia protege las miras del Supremo Gobierno, i cumple las esperanzas de Chile de ver pronto en su seno a las hijas de Paul, nos habrá regalado con el don mas precioso.

A vos, señor, os cabrá siempre el honor de haber apresurado ese dia feliz. La brillante pintura que habeis hecho de las ventajas que nos han de reportar esas virjenes de la caridad, llenará de entusiasmo a todo corazon jeneroso; estimulará nuestros esfuerzos para ofrecer cada cual los recursos i servicios que demanda esa obra maestra de la caridad evanjélica.

¡Qué monumento mas glorioso podemos legar a la posteridad, que una asociacion de mujeres ilustres recomendables por la ternura i amor que electrizan sus caritativos corazones! Una congregacion, que mas tarde será reemplazada por nuestras jó-

venes compatriotas, sin otro objeto que buscar la santidad del espíritu en el bien de la sociedad.

Chile, como las demas naciones que marchan por la via del progreso, Chile, que se ocupa hoy de su engrandecimiento material; que se afana por el cultivo de su suelo, i que se promete grandes resultados de sus soberbias especulaciones, no puede olvidarse, que en medio de la opulencia, decimos, hai que lamentar la miseria de otros. No puede olvidarse, que sus establecimientos de beneficencia pública no están al nivel de los progresos de la época presente. Que el jemido i el dolor se oye por do quiera. Que por último, si un día se dejasen sentir en nuestras poblaciones los efectos de alguna desoladora epidemia, millares de victimas perecerian por falta de recursos. ¡Con las hermanas de la caridad, cuántos vengos de riqueza se descubren en circunstancias apremiantes para socorrer al necesitado, i cuántos lenitivos para el dolor i para el infortunio!

Lo habeis dicho, señor: que esas filantrópicas mujeres por su instituto i su vocacion son capaces de los mas heróicos sacrificios. Señoras de familia i de educacion, olvidan las distinciones del rango i de la fortuna por rivalizar en actividad i compasion hasta penetrar en la choza mas despreciable del pobre. Los peligros que a la vez tienen que correr, la insalubridad del aire que respiran, no hacen mas que excitar su celo i su caridad inexplicables. Sin tener otros cláustros, ni otros monasterios que las casas de los pobres, i las salas de los hospitales, son como los ángeles providenciales que derraman un bálsamo consolador sobre el hombre para curarle en las dolencias que le aquejan desde la cuna hasta el sepulcro.

Todos encuentran la vida i el alivio bajo el amparo tutelar de esas sagradas virjenes: desde el tierno infante abandonado por los autores de sus dias hasta el anciano desfallecido que toca el término de su carrera: desde el enfermo que jime postrado en el lecho del dolor, hasta la tímida jóven que se ruboriza de manifestar su miseria al poderoso, hasta el prisionero que en el fondo de un calabozo suspira por la libertad bajo el peso de sus cadenas.

Así las vereis siempre como en espectacion de la vida humana, pues no hai una lágrima, una súplica, una afliccion que se escape a su actividad previsora. Lo que es mas: un poder invisible las protege contra los peligros, i un valor sobrehumano las fortalece en las penosas funciones que toman sobre sí, hasta hacerles dulce, amable, i sublime el ejercicio de su ministerio. Sirvientes, amigas, madres de los pobres; he aquí, los mas bellos títulos de la gloria que ambicionan.

Por esto es que los pueblos, en medio de los furoros de la guerra, i en el desorden de sus ensangrentadas luchas, cuando no han respetado ni los asilos del pudor i de la virjinidad han respetado a las castas heroínas de la caridad, aclamándolas por todas partes como a precursoras de la paz i salvadoras de la humanidad.

Convencidos los pueblos de la influencia benéfica de las hijas de caridad, corren en tropel a dispensarles su proteccion, i abrierles las puertas de las grandes capitales. De Paris i de Marsella vuelan como águilas llevando sobre sus alas el consuelo para la humanidad doliente. Pronto se multiplican milagrosamente; a la manera que el arros yuelo débil i pequeño en su orijen forma despues un rio caudaloso. Al traves de lo mares, i de los encumbrados montes penetran en las rejiones mas remotas, i donde quiera que la necesidad implora su socorro, la oficiosa i caritativa virjen, ofrece el ministerio personal de sus servicios.

Los pueblos enternecidos se han prosternado a los pies de las fieles esposas del Redentor Jesus, i dia por dia les rinden testimonios espléndidos de gratitud.

Plague al cielo, que tantos bienes dispensa a nuestra patria, concederle la dicha que a las naciones del viejo mundo, de ver su suelo enriquecido con el instituto de las hermanas de caridad! He dicho.